

Sermón

Salmo 135; Efesios 2:19-22; Juan 15:1-8

Dr. Samuel Kobia

Comisión Plenaria de Fe y Constitución,

7 de octubre de 2009, Creta, Grecia

La tercera edición del *Oxford Dictionary of the Christian Church* define eclesiología como “La ciencia de construir y decorar las iglesias”¹. Continúa diciendo que el vocablo surgió en el siglo XIX ¡cuando hubo un nuevo interés por los edificios eclesiásticos! El artículo termina con la observación siguiente: “Actualmente la palabra se refiere comúnmente a la teología de la Iglesia”². Es un progreso claro en relación con la segunda edición de 1974 donde se dice “el término (eclesiología) también se emplea a veces para referirse a la teología de la Iglesia”. La primera edición de 1957 no dice nada respecto a la teología.

San Pablo, el primer eclesiólogo, no tenía interés alguno en edificios eclesiásticos ni en sus decoraciones. Tampoco fue un teólogo académico. Fue un apóstol, comprometido con la naturaleza y la misión de la iglesia en su vida cotidiana, en medio de controversias y divisiones. La Epístola a los Efesios es uno de los textos centrales del Nuevo Testamento sobre la teología de la Iglesia y su unidad. En esa Epístola, San Pablo utiliza diferentes imágenes y metáforas. Comienza oponiendo el hecho de ser un ciudadano extranjero con el de ser miembro de la familia y de la casa de Dios; en el texto griego la palabra casa es *oikeioi*, raíz del término ecumenismo. El vocablo significa una casa, con cimientos: los apóstoles y los profetas, y una piedra angular: Jesucristo que mantiene unida toda la estructura. La comunidad cristiana es un Templo santo, morada de Dios.

San Pablo presenta a la Iglesia como parte del plan de Dios de crear una nueva comunidad donde ya no existan los muros de religión y de cultura. La teología de la Iglesia de Pablo no se puede separar de su unidad. En la Epístola a los Efesios, la tarea de la unidad cristiana no es de Pablo ni de los apóstoles ni de la comunidad. Es la obra de Dios en Cristo Jesús. En él se supera la experiencia fundamental de una humanidad dividida. Él es nuestra paz. Él es nuestra piedra angular.

En su Evangelio, San Juan propone una imagen o una metáfora de la unidad que es más orgánica: la vid y los pámpanos. Estamos conectados unos a otros porque estamos conectados ante todo a Cristo, como las ramas en el viñedo están conectadas unas a otras porque están unidas a la misma vid. Estar unidos en Cristo es central en el camino ecuménico.

Actualmente, la labor más importante y vital de la eclesiología se basa en el diálogo ecuménico: sea en torno a la mesa multilateral de Fe y Constitución, sea en torno a las muchas mesas donde tienen lugar los diálogos bilaterales. Como en la enseñanza de San Pablo sobre la Iglesia, la eclesiología basada en una visión de la unidad visible plena de la Iglesia es el resultado de la experiencia de división. Por eso en *Naturaleza y Misión de la Iglesia*. Fe y Constitución proclama que “La Iglesia es una porque Dios es el único creador y redentor que, uniendo a la Iglesia con él mismo por la Palabra y el Espíritu, la convierte en el anticipo y el instrumento de la redención de toda la creación”³

Las cuestiones sobre la Iglesia, las cuestiones sobre eclesiología interesan con razón a las mentes más agudas y claras de teólogos, dirigentes de iglesia y especialistas en ecumenismo. Como escribió en 1983 el Dr. Geoffrey Wainwright, distinguido miembro de esta Comisión: “Buscar y confesar el lugar eclesiológico de la comunidad a la que pertenecemos es un acto por el que discernimos y proclamamos el propio evangelio”⁴.

Al mismo tiempo que *Naturaleza y Misión de la Iglesia* y “Llamadas a ser la Iglesia Una” hablan de eclesiología en términos de koinonía o comunión, también hablan de los “atributos” de la Iglesia,

¹ Cross & Livingstone, eds., *Oxford Dictionary of the Christian Church*, Third Edition (Oxford: OUP, 1997), pág.526

² *Ibid.*

³ *Naturaleza y Misión de la Iglesia*, Documento de Fe y Constitución 198 (Ginebra: WCC, 2005), párr. 48.

⁴ Geoffrey Wainwright, *The Ecumenical Movement* (Grand Rapids: 1983), p. 190.

a partir del Credo Niceno: una, santa, católica y apostólica. Diferentes épocas y diferentes tradiciones han acentuado diferentes marcas: apostolicidad con misión; catolicidad con doctrina; santidad con piedad y comportamiento ético; unicidad con unidad. Todas esas marcas tienen su lugar en el moderno movimiento ecuménico, y todas han sido el terreno familiar del movimiento de Fe y Constitución desde su primera Conferencia Mundial en 1927 hasta la presente, la más reciente de la Comisión de Fe y Constitución. Como Fe y Constitución lo ha expresado en Confesar la Fe Común acerca de que la Iglesia puede cumplir su misión en el mundo únicamente en la medida en que sea ella misma constantemente renovada como la Iglesia una, santa, católica y apostólica⁵. Esta renovación siempre tiene que ver con permanecer en Cristo, y aquí nos estamos refiriendo a la oración y la espiritualidad ecuménica, que son tan importantes en la teología ecuménica.

En la Semana de Oración por la unidad de los cristianos de 2009, que constituye la base de nuestra oración diaria en esta reunión de la Comisión, escuchamos palabras de las Escrituras hebreas, provenientes del profeta Ezequiel que no son frecuentes en el contexto de la unidad cristiana: “Que puedan ser uno en manos de Dios”. La elección de estas palabras, que son el subtítulo de nuestra reunión esta semana, es ciertamente un presente al movimiento ecuménico de las iglesias de Corea, que propusieron este pasaje a la Comisión de Fe y Constitución del CMI y al Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos de la Iglesia Católica para la Semana de Oración por la unidad de los cristianos de este año. Esta selección se basa en la experiencia coreana de vivir en un país dividido a la mitad, con resonancias de otras situaciones semejantes en el mundo; en Fe y Constitución apreciamos profundamente la contribución del país de nuestro querido Moderador Vasilius y de su Chipre natal. Las palabras del profeta Ezequiel son motivo de esperanza no sólo para naciones divididas, sino también para iglesias divididas: serán hechas una en manos de Dios. La proclamación del profundo designio de Dios de unidad se refiere no sólo a la unidad de la Iglesia, sino también a la unidad de la humanidad. En esa proclamación encontramos fuertes resonancias del informe sobre “El Espíritu Santo y la Catolicidad de la Iglesia” de la Cuarta Asamblea del CMI celebrada en 1968 en Upsala, y con el texto de Fe y Constitución sobre “*Iglesia y Mundo: La Unidad de la Iglesia y la Renovación de la Comunidad Humana*”, que señalan el profundo vínculo entre la unidad de la Iglesia y la unidad de la humanidad; nunca deben ser separadas una de otra.

La visión de la unidad se encuentra en el centro mismo del cometido de Fe y Constitución, que consiste en “proclamar la unidad de la iglesia de Jesucristo y exhortar a las iglesias a alcanzar el objetivo de la unidad visible en una sola fe y en una comunión eucarística, expresada en el culto y en la vida común en Cristo, mediante el testimonio y el servicio al mundo, y a avanzar hacia la unidad para que el mundo crea”. Esta visión de la unidad de la Iglesia que tiene Fe y Constitución es la del Consejo Mundial de Iglesias, y se incluye al principio de nuestra Constitución.

En otro pasaje bíblico hay un destello más de la naturaleza y misión de la Iglesia que alumbra, de otra manera, el centro de esta cuestión, y que, como el texto de Ezequiel, no se ha incluido en la selección concertada de textos bíblicos del movimiento ecuménico. Como la lectura del Evangelio de Juan, que corresponde al día de hoy, también procede de la narración de la Última Cena en la noche previa al sufrimiento y muerte de Cristo. Muchas de nuestras iglesias leen este pasaje cada año el jueves del lavado de pies en Semana Santa; pienso que haríamos bien de leerlo en cada reunión de nuestras iglesias, así como en la Semana de Oración por la unidad de los cristianos:

⁵ *Confesar la fe común. Explicación ecuménica de la fe apostólica tal como es confesada en el Símbolo de Nicea Constantinopla* (381), Documento de Fe y Constitución No. 153 (Ginebra: WCC Publications, 1999), pág. 89.

Os doy un nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros. Debéis amaros unos a otros, así como yo os he amado. Por eso conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros (Juan 13.34-34)

La labor de Fe y Constitución sólo puede alcanzar el consenso cuando se trabaja con amor. Podéis alcanzar un acuerdo esta semana sobre las fuentes de autoridad y el lugar de los maestros y los primeros testigos de la Iglesia. Podéis alcanzar un acuerdo esta semana sobre cómo encarar mejor las cuestiones relativas al discernimiento moral de las iglesias. Podéis llegar a tener esta semana una orientación clara y renovada sobre cómo encarar la tarea eclesiológica. Pero si estas cosas no son hechas con amor, serán meramente ingeniosas. Las conversaciones y los acuerdos que tengan lugar aquí no serán suficientes para restaurar el bastón quebrado; no serán una consecuencia de permanecer en Cristo, la vid y la piedra angular. No harán avanzar la unidad para que el mundo crea; nadie conocerá que sois Sus discípulos si no os amáis unos a otros como Cristo os ama.

¿Cómo se presenta ese amor en una reunión de la Comisión Plenaria de Fe y Constitución? No significa una ausencia de desacuerdo o diferencia, salvo cuando asumen el espíritu de disputa o de envidia. Significa un espíritu de respeto, tolerancia, perdón y cuidado hacia el otro. Si al salir de aquí no os echáis de menos unos a otros, entonces no os habéis amado unos a otros. Permaneceréis extranjeros y ajenos unos a otros, y no habréis alcanzado la visión de la casa de Dios construida sobre los cimientos de los apóstoles y profetas, que tuvieron a Jesucristo como piedra de ángulo.

Lo dicho en la Asamblea de 2006 del CMI en Porto Alegre a las iglesias divididas en su texto sobre eclesiología “Llamadas a ser la Iglesia Una”, se aplica también a esta reunión multilateral teológica de representantes de las iglesias que participan aquí:

Las iglesias divididas se rinden cuentas mutuamente y expresan aspectos de la catolicidad cuando oran unas por otras, comparten recursos, se ayudan en épocas de necesidad, toman decisiones juntas, trabajan juntas por la justicia, la reconciliación y la paz, se rinden cuentas del discipulado inherente al bautismo y mantienen el diálogo ante las diferencias negándose a decir "No te necesito" (1 Co 12:21). Separadas unas de otras nos empobrecemos.⁶

Menos que eso sería traicionar la naturaleza y la misión de la Iglesia. “Por esto todos conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros”. Que este mandamiento, mediante la ayuda de nuestro Señor, esté arraigado firmemente en vuestros corazones durante esta reunión de Fe y Constitución y siempre en nuestras vidas.

Amén.

⁶ Texto sobre eclesiología: *Llamadas a ser la Iglesia Una*